

ARGENTINA: NACIMIENTO DE UNA LITERATURA NACIONAL

RECORDANDO A PAUL VERDEVOYE,

TRADUCTOR DEL MARTÍN FIERRO EN VERSOS FRANCESES.

Jean-Paul Duviols

Nadie se atreve a dar una fecha precisa para determinar cuándo empezaron las creaciones literarias propiamente nacionales. Sin embargo, en el caso de la Argentina, una clasificación relacionada con la historia parece imponerse. En efecto, la fisura histórica y política de las aspiraciones de las nuevas organizaciones sociales inherentes a los movimientos independentistas de las repúblicas latinoamericanas, se reflejó en el pensamiento y en la literatura de las nuevas repúblicas del Plata. Es obvio que en sus principios, dicha literatura derivaba de las literaturas europeas, pero la afirmación de una personalidad propia se nota ya en los primeros años de la emancipación.

La originalidad de la Argentina a principios del siglo XIX fue el desarrollo de una literatura romántica, lo que es difícil atribuir a los demás países latinoamericanos. Además, aquel movimiento romántico fue distinto de sus fuentes de inspiración, pues se diferenciaba del que se había desarrollado en Francia, en Inglaterra o en Alemania, puesto que sus temáticas fueron casi exclusivamente contemporáneas y nacionales.

De hecho, la característica fundamental de aquella nueva escritura fue la ruptura con España. La fecha clave se puede situar en 1835. Hasta entonces, la cultura dominante era la de las Luces, o sea una cultura racionalista y humanista, la de la Revolución de Mayo, de la Independencia y de la primera organización política de Moreno y de Rivadavia.

Pero después de la caída de Rivadavia, después del fracaso de la anhelada unificación de Buenos Aires, la victoria de los Federales sobre los Unitarios suscitó una literatura de resistencia, que afirmó su personalidad por medio de su oposición.

El Romanticismo francés y en menor proporción el Romanticismo alemán, ejercieron obviamente una fuerte influencia sobre la primera generación de los grandes

escritores argentinos, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre. Pero el contexto político plasmó un modo de escribir y suscitó preocupaciones específicas. Entre 1835 y 1852, Juan Manuel de Rosas ocupó el poder, proclamándose «federal» (sin serlo verdaderamente) y persiguiendo a los Unitarios que formaban la mayor parte de la élite intelectual.

Con Esteban Echeverría (1805-1851) surgió la figura más destacada de la literatura naciente. Su carrera de escritor romántico fue ejemplar. De hecho, empezó con un viaje a Francia, estancia iniciática, que se convertirá en una experiencia «obligatoria» para la mayoría de los creadores literarios. No pasaba de los veinte años y allá se quedó cuatro años. Consumiéndose de entusiasmo y de curiosidad intelectual, se impregnó de las obras de Víctor Hugo, de Alfred de Musset, de Alfred de Vigny, de Alphonse de Lamartine, de Sainte-Beuve, etc. Estudió autores ingleses y alemanes así como la filosofía de la historia, leyendo las obras de Guizot, de Lerminier, de Saint-Simon, de Edgar Quinet, de Victor Cousin. Adaptó a la realidad argentina el liberalismo político, la simpatía artística con relación al pueblo, lo que le permitió descubrir la estructura ideal de una literatura autóctona.

Sin embargo, su primera obra literaria, *Elvira o la novia del Plata* (1832), no tiene nada de argentino, a pesar de su título. Lo que fundó la «literatura nacional» fue el poema «La Cautiva», que formaba parte del libro de poemas *Rimas* (1837). Con relación a los modelos europeos, aunque el escenario había cambiado y el tema era contemporáneo. Ya no se trataba de una Arcadia convencional sino de la Pampa. El éxito literario de dicho poema, convirtió a Esteban Echeverría en el abanderado de la juventud. El tema de su breve epopeya lírica refleja una realidad trágica, la de la confrontación de dos modos de vida antagónicos o sea el de los nuevos colonos europeos, sedentarios y dominantes, que necesitaban tranquilidad y paz para su desarrollo y el de los indios nómadas e independientes que tenían la obligación de combatir para sobrevivir.

El poema cuenta la historia de María, la heroína, de su captura por un malón de indios ranqueles. Su esposo, Brian, que trata de liberarla sufre el mismo destino y es herido de gravedad. Los indios festejan su exitosa expedición con una gran comilona. María, puñal en mano, aprovecha la situación para liberar a su esposo herido. Ambos huyen por el desierto de la Pampa. Brian muere y María conserva la esperanza de volver a ver a su hijo pero se entera, por un grupo de soldados, de que fue degollado. Muere ella también.

Noé Jitrik, que considera que se trata de la primera obra literaria argentina, escribió:

«La Cautiva» consagra la implantación del romanticismo, incorpora el paisaje argentino a la gran literatura, inicia una poesía nacional, y da lugar a la literatura «gauchesca culta», sin contar con que expresa ideas y conceptos polémicos de actualidad a través de la literatura».

Aquel personaje de «la cautiva», que vacila en un vaivén desgarrador, física y mentalmente, entre «la civilización y la barbarie», se convertirá en un mito indisoluble de la Argentina. A este propósito, vale la pena evocar una confirmación histórica proporcionada por un texto que pertenece a la literatura testimonial. Se trata de la aventura de un «cautivo» extranjero, Auguste Guinnard, relatada en su conocida obra *Tres años de esclavitud entre los patagones* (1860). Tal vez, en aquel relato fascinante algunos elementos proceden de «La Cautiva» de Echeverría.

La «cautiva», es una mujer delicada, blanca. Esta criolla, simboliza el refinamiento europeo que se enfrenta a la brutalidad india, tal como se puede ver en las obras pictóricas que inspiró. Tres lienzos de Johan Moritz Rugendas: *El malón, El rapto de la cautiva, El retorno de la cautiva*, una litografía de Honneger y más tarde, en 1892, el afamado cuadro, obra de Angel Della Valle, *La vuelta del malón*. Por fin, el ciclo artístico parece acabarse con la elaboración de la estatua de mármol *La Cautiva*, de Lucio Correa Morales (1906).

Se puede considerar que Echeverría acertó aun más en la prosa que en la poesía, como se constata a través de la lectura de su obra maestra, *El Matadero* (1838), impregnada de una fuerza realista, estrechamente ligada a los acontecimientos políticos contemporáneos. En aquel texto fundador, es de citar una frase que resume la visión que tenía el autor de la literatura: «El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia, no sólo política, sino filosófica y literaria».

Sabiendo que representaba un personaje culturalmente importante, Esteban Echeverría creó la «Asociación de Mayo», llamada también «La Joven Argentina», cuyas ramificaciones se extendieron por todo el país.

Para Jorge Luis Borges, el primer libro de la literatura argentina fue *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). En efecto, la originalidad de esta obra compleja, estribaba en el hecho de que la reflexión filosófica romántica de la historia, se aplicaba al mundo contemporáneo. *Facundo* fue un acto político, como lo había sido la primera autobiografía de Sarmiento, *Mi defensa* (1843). Sus reflexiones originaron una obra imposible de clasificar, pues no se trata de un libro de historia, tampoco de una biografía –como lo anuncia el título: *Vida de Juan Facundo Quiroga*–, tampoco se trata de una novela, tampoco de un ensayo de sociología. En la opinión de Sarmiento, la Argentina padecía de su inmensidad y consideraba la extensión de

la Pampa como la de un mar de barbarie, en medio del cual emergían las ciudades al modo de islotes de civilización. Según el parecer de Sarmiento, Facundo Quiroga era el símbolo de esa barbarie del gaucho brutal que era necesario extirpar –lo mismo que será necesario luchar contra Rosas–, pero al mismo tiempo estaba fascinado por él, pues lo consideraba «como un hombre genial a pesar suyo»:

«Es el hombre de la naturaleza que no ha aprendido aún a contener o a disfrazar sus pasiones, que las muestra en toda su energía, entregándose a toda su impetuosidad. Este es el carácter original del género humano. Facundo es el tipo de la barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras, la melena de sus renegridos y sus ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos, en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa, su voz se enronquecía y sus miradas se convertían en puñaladas» (*Facundo*, cap. V)

En realidad, Sarmiento sentía una simpatía estética en relación con las costumbres gauchescas, despreciándolas también, pues eran la negación de sus principios políticos. Sarmiento era un «gaucho intelectual» y experimentaba un desgarramiento interno que él mismo resume en la fórmula: «Facundo y yo, somos afines».

Es de notar que la literatura argentina, no dejó indiferentes a los lectores franceses, pues *Facundo* fue traducido en 1853, bajo el título de: *Civilisation et barbarie. Mœurs, coutumes, caractères des peuples argentins*. Anteriormente, Charles de Mazade le había dedicado una reseña elogiosa en la *Revue des Deux Mondes* (15 nov. 1846):

«El libro de Sarmiento es una de aquellas obras excepcionales de la Nueva América, en la cual reluce cierta originalidad. Es un estudio basado en las cosas vivas, un análisis profundo y enérgico de todos los fenómenos de la sociedad americana, y en particular de la sociedad argentina. En esta obra, el estilo brillante no oscurece de ningún modo el vigor del pensamiento. En cuanto a esta literatura, se desarrollará cuando se resuelvan definitivamente todos los problemas discutidos por Sarmiento.»

La primera gran novela argentina que salió a la luz por entregas, entre 1851 y 1854, fue *Amalia* de José Mármol (1817-1871), cuya acción se desarrolla en Buenos Aires en la época de la tiranía de Rosas. En esta novela política y autobiográfica, el autor consiguió evocar «en forma retrospectiva, personajes que viven en la actualidad». Esta obra, no perdió nada de su identidad en nuestros días. Fue plagiada por el escritor francés Gustave Aimard, que publicó su traducción en dos volúmenes, bajo los títulos de *La Mas-Horca y de Rosas* (1867):

«Este libro (*Amalia*) escrito con ligereza y audacia y con notable imparcialidad, me gustó desde un principio. Me aficioné tanto a su lectura que lo acabé en unas pocas horas. Luego, me acordé que había prometido al público darle a conocer quién era Rosas. Valiéndome de tan inesperada oportunidad, aproveché sin reserva la obra de mi colega bonaerense.» (Prefacio de la *Mas-Horca*).

Esta misma realidad contemporánea argentina viene plasmada en los personajes de los gauchos de Hilario Ascasubi (1807-1875), retratados en *Paulino Lucero*, que en este caso, eran *unitarios*, enemigos de Rosas. También se encuentra la poetización de los usos y costumbres de la Pampa en *Santos Vega* (1851), su obra más afamada, reveladora de la poesía oral del *payador*.

Siguiendo la misma inspiración, Estanislao del Campo (1834-1880) creó una obra original con el personaje de *Anastasio el Pollo*, gaucho que recuerda *Aniceto el Gallo* de Ascasubi. Su obra mayor, *Fausto*, está escrita en idioma gauchesco, afirmando así un anhelo de originalidad «nacional» en dicha burla, que recibió la aceptación popular.

Fue José Hernández (1834-1870) quien escribió la epopeya lírica nacional con su *Martín Fierro* («*La Ida*», 1872; «*La Vuelta*», 1876). Dentro de lo que luego se llamará la tradición gauchesca, la obra es más seria, más completa que las obras ya citadas. Se dirige tanto a los lectores cultos como a los mismos gauchos. Se presenta al mismo tiempo como una obra política y como una obra pedagógica. Hernández no imita nada de lo escrito anteriormente, lo inventa todo, siguiendo la tradición del *payador*: «*Las coplas me están brotado como agua de manantial*».

En el *Martín Fierro*, aparecen también las temáticas de civilización y barbarie del *Facundo* de Sarmiento, a pesar de que Hernández había sido su enemigo. *Martín Fierro* propone un ejemplo extraordinario de la literatura romántica, de la literatura como expresión de la sociedad. Es una obra impregnada de particularismos y de nacionalismo, manifestando su simpatía para con el pueblo, a lo que hay que añadir la introducción de las costumbres indias que constituían a la vez un toque exótico y una realidad cotidiana, sin olvidar por fin, el personaje complejo del héroe admirable, víctima de la sociedad.

En esta evocación rápida e incompleta de las grandes obras, no ha de faltar el relato de Lucio Victorio Mansilla (1831-1913), *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), que es no solamente uno de los libros fundadores de la literatura argentina, sino también de la conciencia nacional. Se trata del relato de un viaje de dieciocho días en campamentos indios de la Pampa argentina. Mansilla -militar y escritor- aceptó una misión peligrosa que lo conduciría a las tolдерías de los indios ranqueles en la provincia de Córdoba, en vista de establecer un tratado de paz con el cacique Ma-

riano Rosas. Para llegar allá, Mansilla tuvo que recorrer montado a caballo más de quinientos kilómetros. Aquella «frontera» entre la «civilización y la barbarie», se iba alejando sin cesar para el beneficio de los colonos argentinos, mientras se sucedían presidentes y gobernadores entre 1826 y 1904, ya se tratara de Bernardino Rivadavia, de Juan Manuel de Rosas, de Urquiza, de Mitre o de Sarmiento. Esa frontera fue totalmente borrada por la llamada «Campaña del desierto», capitaneada por Julio Argentino Roca a fines del siglo XIX y durante la cual fueron eliminadas sistemáticamente las poblaciones indígenas.

Los colonos temían y despreciaban a los indios de la Pampa, comparándolos con diablos salvajes y crueles. Por otro lado, las tribus errantes de los picunches, puelches, mamuelches, tehuelches o ranqueles experimentaban un odio profundo por los colonos, pues su presencia los obligaba a vivir en una situación de espoliación y de inseguridad permanentes, que tenía como consecuencia insoslayable la guerra y el pillaje. Mansilla, que permaneció entre ellos, aunque brevemente y en condiciones particularmente favorables, propone en su libro una visión totalmente distinta, que ya no es la de «los indios malos», pues los observó con otra mirada, haciendo caso omiso a los prejuicios del hombre «civilizado».

Mansilla aprecia la compañía y los modales «bárbaros» de los indios ranqueles, considerando con simpatía una sociedad condenada a la extinción. La originalidad de su reflexión estriba también en la comparación que hizo de los valores morales y de las características de la cultura indígena con los de la sociedad blanca. Mansilla separa el progreso técnico de un supuesto progreso moral.

El aporte de su experiencia consiste esencialmente en la visión del mundo indígena sobre el que propone un análisis detallado. Claro que esta es la parte más importante, aunque tampoco hay que olvidar los componentes de una imagen nueva del mundo de los *paisanos* de la frontera y del de los gauchos. Su definición de aquellos hombres de la Pampa que iban a convertirse en el arquetipo del mundo argentino, es la siguiente: «El *paisano gaucho* tiene un hogar, respeta la autoridad... el *gaucho puro* es el criollo errante, jugador, parrandero, enemigo de cualquier forma de disciplina». Este mismo gaucho será exaltado dos años más tarde en el famoso poema de José Hernández. Los indios y los gauchos tenían en común su desenfrenado amor a la libertad. El porvenir de ambos grupos, que necesitaban anchos espacios, estaba ya amenazado por la organización de seguridad, por la propiedad privada y los alambrados.

Las temáticas dominantes de aquellas primeras obras de la literatura incipiente solían entrelazarse y reflejaban juntamente las contradicciones y el dinamismo de una nueva sociedad emergente. Se pueden resumir en tres fuertes líneas.

La primera es obviamente el compromiso político. A principios del siglo XIX, la herencia española se alejaba de un modo bastante brusco y la ruptura política estaba definitivamente consumada. La literatura participó en todos los desgarros de una nación naciente y refleja fielmente las contradicciones inevitables en la elaboración de una nueva entidad política. En este caso, se trata del enfrentamiento entre unitarios y federales y de un modo más general, el de la *civilización* contra la *barbarie*. Es poco frecuente que dos grandes escritores, como lo fueron Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, desempeñen también un papel político relevante.

La segunda temática se revelaba en la toma de conciencia de la Naturaleza y de los paisajes de la Argentina, del misterio y de la diversidad de las demás regiones.

Por fin, la tercera temática, muy específicamente argentina, es la de la composición de su población antes de las grandes inmigraciones, o sea la presencia cercana de una población indígena peligrosa y fascinante, evocada en el personaje mítico de la «cautiva» o en la extraordinaria «excursión» entre los últimos ranqueles, a la que hay que añadir a los gauchos criollos acupantes de la Pampa, que iban a simbolizar al «hombre argentino».

Estos elementos, en su conjunto, plasmaron la originalidad de la incipiente literatura argentina, que fue en los albores del siglo XIX, sin duda alguna la más rica y la más prometedora de América Latina.